

Almirante una sierpe de siete palmos en largo, la cual como vido la gente huyó al agua, y, porque no era honda, con las lanzas la mataron, é hizo salar el cuero para traerlo á los Reyes. Esta sierpe, verdaderamente es sierpe, y cosa espantable, cuasi es de manera de cocodrilo ó como un lagarto, salvo que tiene hacia la boca y narices, hasta lo último de la cola, de espinas grandes, que la hace muy terrible; es toda pintada como lagarto, aunque más verdes oscuras las pinturas; no hace mal á nadie, y es muy tímida y cobarde; es tan excelente cosa de comer, según todos los españoles dicen, y tan estimada, mayormente toda la cola, que es muy blanca cuando está desollada, que la tienen por más preciosa que pechugas de gallina ni otro manjar alguno; de los indios no hay duda, sino que la estiman sobre todos los manjares. Con todas sus bondades, aunque soy de los más viejos de estas tierras, y en los tiempos pasados me vi con otros en grandes necesidades de hambre, pero nunca jamás pudieron conmigo para que la gustase: llámanle los indios desta isla Española, iguana ¹. „

D. Fernando Colón habla de la muerte de la iguana, mas no explica quién fué el que la mató, limitándose á decir que á la tercera isla descubierta por su padre llamóla Fernandina, y que pasando por una laguna vieron en ella una serpiente de siete pies de largo y un pie de vientre, llamada por los indios giwana, la cual sacaron con las lanzas, por ser de aspecto feroz y horrible.

1 *Historia de las Indias*, cap. XLIII, pág. 313.

Rosegly de Lorgues, entusiasta panegirista de Colón, no podía pasar en silencio aquel hecho; por lo mismo aprovecha la ocasión para referirnos como el Almirante, llevado de su intrepidez, abalanzóse lanza en ristre sobre la iguana, la que dejó exánime; pero se guardó muy bien de decirnos que otra tal mató Pinzón, si es que llegó á su noticia.

No importa; felizmente tenemos á la mano otros medios supletorios que compensan la omisión de aquellos historiadores. Francisco Medel, vecino y regidor de Huelva, de setenta años de edad, que había ido á las Indias en el primer viaje á bordo de la *Santa María*, llamado como testigo á declarar en el pleito promovido por D. Diego Colón contra el Fiscal del Rey, á la pregunta 21, entre otras cosas, dijo así: "Quel dicho Martín Alonso Pinzón abía muerto en la Española un muy gran lagarto, é truxolo salado, y el pellejo del está oy dia en el monesterio de la Rábida. 1,"

No es posible negar estos extremos: por lo visto Pinzón, al llegar á España, regaló á los frailes del convento de la Rábida la iguana muerta por él, como recuerdo de su amistad; y de tal suerte acreditaron ellos que conocían el mérito del don y sabían apreciar su significado, que conservándola con exquisita diligencia, por más difícil que parezca, han sabido hacerla llegar hasta nuestros días. Sí; esto es tan cierto, que en Julio último, encontrándonos nosotros en Palos, murió allí una mujer llena de días, la cual

1 *Archivo General de Indias*, pieza v, folio 107 y otros, legajo 1 — 1. $\frac{5}{12}$.

daba puntual razón de haber visto muchas veces lo que ella llamaba lagarto, de siete ó más pies de largo, y de cabeza espantable y monstruosa; el cual lagarto aseguraba que tenían los frailes de la Rábida pendiente en la pared, entrando á mano izquierda de la portería del convento, lugar el más á propósito para que todo el que quisiera pudiera verlo.

Y en el momento en que ponemos mano á estos rasguños vive en la citada villa de Palos el octogenario José González y Pinzón, el cual vió también diferentes veces el dicho lagarto; si bien hay que advertir que no siempre acierta á referirlo con claridad y distinción, puesto que, falto de memoria, á las veces trabuca las ideas y no sabe dar razón. En todo caso es fácil hallar en Palos varias personas que lo oyeron de boca de sus padres ó abuelos; añadiendo que la iguana se conservó en la Rábida hasta la exclaustación de los Regulares en 1835, en cuya época, abandonado el respetable edificio, los muchachos, sobre todo los pastores que seстеaban sus ganados dentro de sus patios, derribaron la dicha iguana, jugando con ella hasta destrozarla y reducirla á menudo polvo, que dispó el viento.

IV

MUERTE Y SEPULTURA DE PINZÓN

Leemos en el cap. xli de la *Historia del Almirante*, por D. Fernando Colón, que al regreso del primer viaje fué arrojado Pinzón á las costas de Galicia, y

ya se disponía para ir á Barcelona á dar cuenta á los Reyes del descubrimiento hecho, cuando éstos le dieron á entender que no fuese solo, sino acompañado del Almirante, á quien se había cometido la colosal empresa; de cuya respuesta tuvo tanta pena y enojo, que se fué á Palos indispuesto y murió de congoja á los pocas días.

Oviedo dice: que al llegar *La Niña* y *La Pinta*, mandadas respectivamente por Colón y por Pinzón, cerca de Europa, una tormenta dió con la una y con la otra en distintas direcciones, llegando por acaso en un mismo día á Palos, la del Almirante por la mañana y la de Pinzón por la tarde, partiendo luego el primero para la Corte. Y concluye: "Y como el Martín Alonso supo que era ydo (Colón), fuese á Palos á su casa, é murió desde á pocos días, porque iba muy doliente,"¹

El testigo Juan de Quexo asegura que el fallecimiento de Pinzón tuvo lugar á los quince ó veinte días de su arribo á la madre patria². De esta misma opinión es Navarrete, como puede verse en la *Colección Diplom.*, tomo III, observ. 6.^a á las Probanzas.

Interrogado el testigo Francisco Medel, á la pregunta 14, dijo: — Que Martín Alonso Pinzón venía enfermo de las Indias y lo trasladaron de su casa al convento de la Rábida.— A la 21 contestó el mismo que Martín Alonso Pinzón está enterrado en la Rábida. Y á la 23 dijo textualmente: "Quel dicho Mar-

1 *Historia general y natural de Indias*, tomo I, cap. VI, pág. 27.

2 Fernández Duro, *Colón y Pinzón*, pág. 320.

tin Alonso Pinzon dejó por su hijo legítimo al dicho Juan Pinzon y Arias Perez Pinzon, que ya es difunto; porque este testigo les oyó muchas veces llamarlos hijos, y él á ellos padre ¹; y por tales sus hijos legítimos y de legítimo matrimonio nascidos fueron avidos é tenidos: é vió este testigo que como sus hijos legítimos heredaron sus bienes, ellos é otra hija quel dicho Martín Alonso Pinzón tenía; é que esto es muy público y notorio en la villa de Palos y en esta villa de Huelva ². „

Juan de Quexo, testigo antes citado, declaró que Martín Pinzón había pasado su última enfermedad en la Rábida: no dice más, pero lógicamente se infiere que allí murió y fué sepultado, como acabamos de ver por el dicho de Francisco Medel, habiendo espirado, según piadosamente podemos suponer, en brazos de su antiguo y cordialísimo amigo el P. Fr. Juan Pérez.

No desconocemos que uno de los testigos del nominado pleito dice que Pinzón murió en su casa, así como alguno de nuestros contemporáneos piensa que murió en una granja propiedad del mismo Pinzón, no lejos de Palos, á la cual se había hecho conducir, ansioso de sustraerse á las importunas visitas de sus conciudadanos. Pero esto es hablar *ad libitum*, y gana de querer desorientarnos: lo más probable es que, á

1 Esta inversión de términos se deberá, sin duda, á distracción del amanuense; lo más razonable es que se lea: *porque este testigo le oyó muchas veces llamarlos hijos, y ellos á él padre.*

2 Archivo general de Indias, pieza v, folios 107 y otros, legaj. 1—1 ⁵/12.

poco de haber desembarcado en Palos se trasladó al convento de la Rábida, donde, agravándose su enfermedad, falleció allí, siendo sepultado en aquella iglesia.

Para terminar, diremos: que por lo que anteriormente hemos visto que atestigua Medel respecto á que Pinzón tuvo dos hijos y una hija, no se ha de creer que no hubiese tenido más prole, pues consta que aquéllos fueron cinco, si no seis, una hembra y los demás varones. Padecía aquélla el mal de epilepsia, y después de la muerte de su padre estuvo por algún tiempo al cuidado de su hermano mayor Arias Pérez Pinzón; mas como su enfermedad era sumamente molesta, este último solicitó de los Reyes que se dividiera la carga entre toda la familia; resultando, en consecuencia, que por Real Provisión de 5 de Diciembre del año 1500, la cual ha publicado Navarrete, se mandó que la referida enferma estuviese alternativamente al cuidado de cada uno de sus hermanos, como así parece haberse religiosamente ejecutado.





CAPÍTULO XXXVII

Paz á Colón.

CON verdadera pena estamos viendo el sesgo que de poco tiempo acá van tomando las Conferencias del Ateneo de esta Corte, siendo tan contrario á nuestro Hermano Terciario Cristóbal Colón el nuevo elemento de crítica histórica que en aquel centro literario comienza á desarrollarse, que casi nos haría temer un eclipse parcial de las glorias del gran nauta, si el torrente de la nueva idea hubiese de continuar invadiendo el fértil campo de los acontecimientos humanos.

Hemos procurado averiguar el origen de la inquina que ciertos escritores tienen á Colón, y alguno de ellos nos ha dicho, no sin desabrimiento, que todo ello emana de haber pretendido hacer de aquel hombre un ídolo, pareciéndole que, con tal de encumbrarlo, pocos han reparado hasta ahora en sacrificar á otros personajes acreedores por muchos títulos á nuestra gratitud. De esta opinión, más ó menos fun-

dada, que algunos han llegado á forjarse, acaba de nacer la siguiente fórmula, que no dudan ya en darla á conocer, y que es como la síntesis de su pensamiento. Reza así: *No es justo que la deshonra de España sirva de pedestal á la gloria de Colón.*

Perfectamente, decimos nosotros, bien dicho está; tal lo sentimos y lo sentirá, sin duda alguna, todo aquel por cuyas venas circule sangre española. Pero ante todas cosas, ¿á qué llamarán estos señores la deshonra de España? ¿Será por ventura deshonra de España el poner de manifiesto la conducta incorrecta, por no darle otro nombre más gráfico, de Bobadilla con Colón? ¿Sí? Pues con tal que la culpa de esta incorrección recaiga exclusivamente, como así debe ser, sobre el antipático comendador, que Dios haya perdonado, y que tan ciega y despóticamente se extralimitó en el uso de sus atribuciones, poca, mejor dicho, ninguna mella puede hacer el cargo en la inmaculada honra de España. Y ¿qué se sigue de aquí? Pues á la vista está; síguese que el pedestal labrado á Colón á costa de nuestra deshonra no es más que una visión fantasmagórica, un amasijo informe de varias mezclas que al menor contacto se deshacen, una columnita de humo que disipa el viento: nada. Es, pues, una impertinencia el venirnos aquí ahuecando la voz para hablarnos de un oprobio, de un baldón que no existe ni tiene razón de ser.

Sigamos preguntando. ¿Hay más deshonras de España que sirvan de pedestal á la gloria de Colón? Vaya si las hay; tantas cuantos son los antojos que puede llegar á concebir aquella á quien cierto autor

llama *la loca de la casa*; es decir, la imaginación. Fijémonos bien en esto que sigue: Por inconcebible que parezca, hay quien ha calificado á un general que dió pruebas de amar á su patria más que á su propia vida; un general de ánimo esforzadísimo, diestro y valiente, que ciñó sus sienes con los laureles de la imperial Méjico, de Otumba, Tlascalà y muchas más; en una palabra, hay quien ha calificado á nuestro Hernán Cortés (nos tiembla el pulso al escribirlo) de *bandido*; así, en crudo, de *bandido*.

¡Bandido Hernán Cortés! Aquel nobilísimo caballero cristiano que inauguró su inmortal campaña enarbolando el estandarte de la Redención, sobre cuyos pliegues leíase este lema: *Sigamos la Cruz, que en esta señal venceremos*. ¡Ah! ¿qué hemos de decir, qué podremos contestar á tan estupenda aberración? Nada, absolutamente nada. ¿Quién ha de hacer caso de los desvaríos á que puede llegar una mente poseída de tinieblas? ¿Puede nadie impedir los horrendos despropósitos que es capaz de abortar el juicio humano cuando se sale de sus quicios y anda vagando por las veredas de su exaltada fantasía? Pero esto poco importa; todos los dislates y extravagancias del mundo, aunque éste se convirtiera en un manicomio, no podrán jamás quitar á Hernán Cortés un solo átomo de su hidalguía y grandeza soberana; así como tampoco podrán disminuir á Colón lo que hubiese tenido de virtud y santidad. ¿Quién hará caso de los juicios de los hombres?

De lo expuesto lógicamente se deduce que nadie, sea quien fuere, tiene derecho para injuriar y ensa-

ñarse con Colón por el solo hecho de que algunos fanáticos hayan querido ensalzarlo sobre el nivel que le corresponde. Los grandes hombres son también responsables de los males que por sí ó por otros hubieren causado á los demás; con todo, parecen que, si sus acciones fueron altamente provechosas á sus semejantes, merecen por congruencia que nos mostremos indulgentes con ellos en proporción á la grandeza de sus beneficios. ¿Quién, si no, se atrevería á pedir cuentas detalladas de maravedises á un Gonzalo de Córdoba? Ya hubo quien lo intentó, lo sabemos; pero como el tal era justificado y prudente, desistió al punto de su propósito. Y á Hernán Cortés, ¿qué monarca habría que, después de haberle regalado un imperio, le demandara por haber desobedecido á Velázquez? Hay, pues, necesidad de admitir alguna compensación á los grandes bienhechores de la humanidad; hay que abrirles con piedad la puerta del perdón, así como la del arrepentimiento, cuando están en estado de experimentarlo. Dejemos en manos de Dios los ulteriores destinos del hombre.

Siendo, pues, estas razones tan obvias, ¿cómo es que á Colón, que hizo por la humanidad tanto ó más que ningún otro hombre, no se le han de perdonar las faltas que como tal cometió? Pues ahora bien: así como se nos dice que no es justo que la deshonra de España sirva de pedestal á la gloria de Colón, en lo cual desde luego hemos convenido, aunque demostrando que esa deshonra es una quimera, á nuestra vez sentamos esta proposición: *La deshonra de Colón es la deshonra de España, y viceversa*. Sí; porque

cuanto más sublimemos á Colón, mayor renombre y consideración hemos de alcanzar de todos los pueblos civilizados; la experiencia así lo dicta, y nuestro trato con algunos hijos de América nos lo enseña.

El rebajar á Cristóbal Colón; el tratar de oscurecer la esplendente auréola que ondea en su frente, más que ennoblecer á España y ensalzarla, tiende por fatal modo á relajar los vínculos de simpatía que afortunadamente nos ligan aún con las regiones ultramarinas; porque, preciso es confesarlo, la gigantesca figura de aquel varón egregio es y será siempre la personificación del descubrimiento del Nuevo Mundo, y el factor principal de la mutuas relaciones que unen en lazo fraternal á los dos grandes pueblos, el español y el americano.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA





CAPÍTULO XXXVIII

Una coincidencia que parece providencial.



GRASE un día del corriente año que luego nombraremos: sin intención de ofender á nadie, y obrando únicamente en obsequio á lo que buenamente creíamos más conforme con la verdad, nos hallábamos entretenidos en la redacción del capítulo anterior. La displicencia embargaba en aquel momento nuestro ánimo; no por otro motivo sino por vernos en cierto modo precisados á disentir y formar un criterio diametralmente opuesto al que algunos señores socios del Ateneo de la calle del Prado, por fortuna muy pocos, han manifestado tener en las conferencias de aquel círculo literario en que los mismos han tomado parte. Buscando, pues, un medio de proporcionar á nuestro espíritu algún pequeño esparcimiento, maquinalmente alargamos nuestra mano á *La Correspondencia de España* del día 17 de Enero del presente año de gracia de 1892, habiéndonos llamado grandemente la atención una carta ri-

mada escrita en el grave y hermoso lenguaje del siglo xvi, puesta en boca de Colón é inserta en dicho periódico bajo la fecha antes calendada.

¡Es singular esta coincidencia! Diríase que aquel coloso de los mares, alzando su esqueleto del sarcófago en que yace allá en la *perla de nuestras Antillas*, se encara con aquel exiguo número de los aludidos conferenciantes ateneístas emperrados en oscurecer sus blasones, mientras que se desentrañan en componer arengas y disertaciones encomiásticas á Pinzón, compañero al fin y copartícipe de los triunfos, lo mismo que de los duelos y fracasos de su jefe. ¡Ah, señores ateneístas! si nos dejásemos arrebatar por ese despeñadero á que ustedes pugnan por atraernos con especiosos sofismas, indudablemente vendríamos á parar en lo que aquella carta con tan lastimeros acentos nos demuestra; es decir, en que es mentira que hubiese existido una Isabel la Católica, ni ninguno de los demás prohombres á quienes unánimemente han dado en llamar contemporáneos de aquella soberana; ni que aquel á quien el mundo Viejo y el Nuevo aclamaron por espacio de cuatrocientos años por descubridor del otro hemisferio, hubo de ser otra cosa más que un ente legendario, ó que, si física y realmente existió, no llegó á pasar nunca de un *quidam*; como si dijéramos, de un *saltimbanquis*, de un hombre iliterato, aventurero y petardista, como en són de epígrama finge la epístola que lo dice, el calumniado descubridor.

He aquí ahora el ritmo tristemente irónico, que no parece sino un suspiro fúnebre que nos envía el mal-

aventurado marino; un mensaje de ultratumba llegado hoy en el momento preciso en que dábamos fin al anterior capítulo. Como no somos supersticiosos, no queremos dar más valor á esta coincidencia que la de una pura casualidad, pero peregrina y aun sorprendente. Leamos:

CARTA QUE ESCRIBE COLÓN
EL ALMIRANTE
Á UN SU AMIGO AFECTUOSO
CONFERENCIANTE

A vos el opuesto cumplido garzon,
asmandovos grato la péñola mía.

.....

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA MORATÍN

A vos, don Cesáreo, cumplido garzon,
magüer que amistanza odies siendo mía,
vos fago omildoso la mi cortesía
con metros polidos vulgares en son:
Ca non me ha ofendido el vueso sermon
que en ese Ateneo de los sabidores,
fablasteis ha poco, diciendo loores
del mi compañero el grande Pinzón.
Desde este mi regno, la péñola mía
empuño yo agora, pues yazgo en tristura
callando más tiempo la mi impostura,
é nunca descanso, ni noche nin día.
Escúcheme atenta la su señoría,
é dígalo luego con alto pregon:

¡Magüer que se acuite la pérvida Albion,
que España recabde su prez é valía!

“Ni América existe, ni nunca ha existido,
son voces que corren los homes parleros,
muy poco sesudos é non caballeros.

¡Los nobles Pinzones é yo hemos mentido!

Son torpes é sandios si en mí han creído
Mendoza é Marchena, igual que su alteza
Fernando, Isabel é fray Diego de Deza.

¡Tenedes la gloria de haber descubierto
mi poca valía! Nin yo fice nada,
cual vos ya fablasteis, nin fuí mareante,
nin vi yo las Indias, nin fuí navegante,
nin debe mi vida jamás ser loada.

Fabladlo azañoso, con voz tan sonada
que vuesa tizona derrumbe la historia,
é caiga con ella la mi falsa gloria,

ca ansi nuesa España será más honrada.
Que non fagan fiestas omilde vos pido.

Lograd que non fablen los homes de mí
nin guarden membranza de como existí;

ca desta mi falta, fuí ya bien punido,
é si vuestas fablas no lo han empescido,
retóricas temo de los trovadores,

é ser atristado, con los sinsabores

que un tal Jovellanos no ha mucho ha sufrido.

¡Libradme de trobas é himnos sin son!

Catad, que lograrlo es cosa sencilla
si vais por España é la su Castilla
cantando muy alto el vueso sermon.

Concluyo, é vos pido omilde perdon

por estos mis versos. Sabedes de .ijo.
 non fué literato, Vidart ya lo dijo,
 el vueso criado,

CRISTÓBAL COLÓN.

*Por la copia, conforme con el original, existente
 en el Archivo de Indias.*

J. DE GAYANGOS.

¡Asombroso descubrimiento! Mayor sin duda alguna que el otro del Nuevo Mundo; digo, si es cierto que América existe; porque á juzgar por el derrote-ro que hoy llevamos y los procedimientos en uso, casi por fuerza vendremos á parar en discutir y dudar de todo: de todo decimos, menos de las predicaciones radicales y destructoras de los nuevos apóstoles de la historia. Gracias á estos videntes, al cabo de los años ¿quién lo pensara? cae la fatal venda de nuestros ojos. ¡Qué cándidos hemos sido! ahora lo comprendemos, eso es: todo cuanto hizo aquel mezquino italiano de *capa raída*, no valió un jarro de agua salada en medio del mar. Adelante, pues; y caiga al golpe de la salomónica ciencia novísima esa pseudo historia, esa insulsa leyenda colombina tejida por la credulidad é ignorancia de nuestros padres y mayores. ¿Qué entendían ellos de estos belenes? ¡Paso franco á la nueva luz! Borremos de los fastos de los pueblos la memoria del *embaucador*, repitiendo con este *gran delincuente* en su ya mentada carta: *Que non fagan fiestas, que non fablen los homes de mí, nin guarden membranza de como existí.*

Pero ¡ay! deliramos. No; mengua sería el sólo pen-

sarlo. Afuera, más bien; afuera los novadores. Desdichada patria nuestra; si el flamante partido anticolombino llegase á prevalecer, el primer efecto de su propaganda sería el descenso de esa opinión que informa los más nobles y levantados sentimientos de un país, y á la cual se ha dado en llamar la reina del mundo. No lo dudemos; el pesimismo de las enseñanzas á que nos referimos es del todo funesto, porque debilita y atrofia el espíritu nacional, haciéndose cada vez menos perceptible é intensa la noción del amor patrio; y cuando un pueblo cae en la indiferencia y en el escepticismo político, ya no le conmueve el recuerdo de sus epopeyas, ni le reanima y vivifica la memoria de sus héroes: un pueblo semejante, por lo menos ha entrado ya en la primera etapa de la disolución y la barbarie.

Tamaños males no los quieren los simples émulos de Colón, y mucho menos si pertenecen á la sociedad de literatos, que tienen ingreso y actúan como tales en el Ateneo de Madrid; que todos ellos son muy españoles, y por ventura el mismo ardimiento de su amor patrio los fascina y hace prorrumpir en sendos desaguisados contra el descubridor; pero el hecho es que, aunque inconscientemente, ellos son los que hacen la puente de plata á los enemigos de la patria, que lo son también, y muy tenaces, de nuestra sacrosanta Religión. Ya quisieran estos disidentes, ó lo que sean, ver consumado el descrédito del Almirante; gozarse desearían en presenciar cómo los fieles lo eliminan de sus filas, para sumarlo entre las suyas. Mas no, no por Dios; no lograrán hacer cóm-

plice á la católica nación española de tan horrenda iniquidad: como en el centenario de Calderón de la Barca y otros que no es preciso nombrar, sufrirán ahora nuevamente la más vergonzosa y descomunal derrota. ¡Pues no faltaba más!

Quitad de enmedio á Colón; derribadlo del pavés en que lo tiene encumbrado el amor y la gratitud nacional, y muy pronto habréis de escuchar el estridente murmullo de una protesta general. Una vez dado este paso, nuestra menguada actitud provocará la hilaridad de propios y extraños; los Estados todos de América, escandalizados de nuestra fea correspondencia, trocarán su actual inclinación y amoroso afecto hacia nosotros, por el más despreciativo y humillante desdén. Y ¿quién sabe? Quizá lleguen á insultarnos con las palabras de cierto libelo con que un autor de allende los Pirineos intentó denigrarnos diciendo: "La España es más bien el Africa que empieza, que no la Europa que acaba."

Pues si es así, como es muy de temer, bien podemos decir que nos lucimos. Y lo peor es que lo tenemos sobradamente merecido, por los méritos y servicios que estamos aparvando, si vale la frase, cual si adrede quisiéramos dar la razón á aquellos que miran con ojos torvos todo cuanto cede en honra y provecho de nuestra patria. Para colmo de desdichas, sobre las muchas que hoy nos agobian, esta sola nos faltaba; el venir á ponernos por blanco del escarnio y rechifla universal. ¡Qué plancha vamos á hacer en el Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo si no cambia el actual estado de cosas!

Pero esto es hablar humano modo: la verdad es que nuestro espíritu recalitra contra una suposición semejante. Ciertamente; á pesar de lo que dejamos expuesto, nosotros no desconfiamos de la justicia de nuestros contemporáneos, ni del glorioso porvenir de nuestra patria; y no desconfiamos, porque en medio de todo vemos con gusto que se ha iniciado una reacción saludable en favor del Almirante, hasta el punto de que los mismos que parecían impugnar á viento y marea su causa, que para nosotros es la causa de la humanidad, comienzan á declarar que no llevaban en ello otras miras más que el deseo de hacer brotar de la discusión mayor torrente de luz.

En prueba de ello, he aquí las últimas manifestaciones hechas por D. Luis Vidart, rectificando lo que él mismo había dicho en una conferencia del Ateneo. Dice así:

“Queriendo evitar toda torcida interpretación de mis palabras, terminé mi conferencia manifestando que, aun cuando hay quien ponga en duda ó niegue á Cristóbal Colón las cualidades necesarias para gobernar, siempre habrá que rendir tributo de admiración á la profundidad y grandeza de su sabiduría como navegante, al valor heroico de que dió tantas muestras en su azarosa vida, y á la indomable voluntad que, venciendo obstáculos tan grandes como numerosos, consiguió llevar á cabo una empresa sin ejemplo en lo pasado y sin posible imitación en el presente ni en los tiempos venideros. Aun añadí: La ciencia, el valor y la fortaleza de ánimo tejen las coronas que ciñen y ceñirán la frente del primer

Almirante de las Indias, y la voz de la fama imperecedera, uniendo su nombre con el de su patria adoptiva, repite de siglo en siglo:

Por Castilla y por León,
Nuevo Mundo halló Colón „.

Pues gracias al Todopoderoso que llegamos en algún modo á entendernos. Si hay que rendir tributo de admiración á la profundidad y grandeza de la sabiduría de Colón, como navegante; si es fuerza reconocer el valor heroico, la indomable fuerza de voluntad y todas las demás grandes cualidades de Colón que el Sr. Vidart enumera, justo y equitativo es que se olviden los desaciertos que como hombre pudo cometer; toda vez que, puestos aquéllos en una balanza con sus méritos, pesan éstos cuasi infinitamente más, como quiera que á su lado gravita nada menos que un mundo.

